

Minuta del lector desvelado

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

Soy un islómano. Lo descubrí al leer la introducción a *Una venus marina*. Lawrence Durrell explica:

“En el cuaderno de notas de Gideón encontré una lista de enfermedades no clasificadas por la ciencia médica, y entre ellas aparecía la palabra *islomanía*, descrita como una dolencia del espíritu, rara pero en modo alguno desconocida. Hay personas, solía decir Gideón a modo de explicación, a quienes las islas les resultan, quién sabe por qué, irresistibles. El simple convencimiento de que se encuentran en una isla, en un pequeño mundo rodeado por el mar, las llena de una indescriptible embriaguez. Estos “islómanos” natos, solía agregar, son los descendientes directos de los atlántidas, y durante toda su vida isleña su subconciente tiende hacia la perdida Atlántida...”.

Similar sensación me embarga cuando regreso a Tumaco, a Buenaventura, a San Andrés y Gorgona. Sobre todo a nuestra mitológica Gorgona, próxima y cautiva. En las islas Cíes, en Capri, en Jamaica y Puerto Rico, padecí la islomanía. Una tarde, en San Juan, ardí con el fuego del flamboyán litúrgico. La quemadura todavía es parte del recuerdo.

*Siempre fuí de las olas
que en cada lontananza
esculpen litorales
y pintan enseadas
con las manos del niño
que dibujó en los mapas
el cuerpo de las islas,
el velo de las algas
y libertó el color
que yace en la esmeralda.*

Son las islas mi norte,
 el imán de las barcas,
 cuando el lobo del viento
 aúlla entre las jarcias
 y todos los manglares
 son bosques de la infancia.
 La luz derrota espejos,
 conquista la mañana
 y funda a Puerto Rico,
 en la llanura atlántica,
 y en honor de San Juan
 nueva ciudad levanta.
 Fábula azul de puertos,
 metáfora de plata
 de los peces que bruñe
 la luna desvelada,
 diálogo de palmeras
 y gaviotas que zarpan,
 sombra de las mujeres
 tendidas en la playa,
 gozo de las bahías
 y júbilo del agua
 que olvida aquí la forma
 íntima de una lágrima.
 Entre todas las islas,
 codiciada antillana:
 ¡Borinquen!, isla anclada
 sobre el tiempo del alma.

* * *

En *Despedida como tal*, dibuja Daniel Barros la faz retrospectiva del barrio de la infancia. A pesar de la ausencia absoluta de metro y de rima, por el poema del argentino cruza el fantasma musical de un tango olvidado. El de Barros es el viaje *Hacia veinte años atrás sobre el pasto*. Poesía asfaltada, que se emparenta, por razón del tema ciudadano, con los *Poemas urbanos* de nuestro Mario Rivero, y la *Ciudad de entonces*, del español Manuel Alcántara.

* * *

Porque el tema de la ciudad adquiere, día a día, estatura poética. Hace tiempo leí un poema de Germán Pardo García, escrito a la orilla de los parques, y una página de Guillermo Payán Archer, embelesada en la con-

templación nostálgica de las ciudades de ultramar. Gracias a la imponderable amistad de Manuel Calvo Hernando, el jefe de información del Instituto de Cultura Hispánica, me llegó desde Madrid, la *Ciudad de entonces*, por Manolo Alcántara.

Antes de *Ciudad de entonces*, Manuel Alcántara había publicado *Manera de silencio*, *El embarcadero*, *Plaza mayor*. El poeta malagueño confiesa, con Karl Shapiro, que “pocos ideales tenía y estos no eran para las tertulias”. Lo cual explica, en cierto modo, su contención verbal y su irónica preocupación metafísica, asomada al *Bulevar*:

*“En el año 3.000, sin ir más lejos,
importaremos nada.
Nos llamarán “Antepasados”.
(Una mala pasada).
La vida seguirá, según parece.
Cuando otros anden por las ramas
de un árbol genealógico no ilustre,
seremos las semillas enterradas.
Y la pequeña historia, nuestra historia,
de sabida, olvidada.
Es cierto lo que digo, y sin embargo,
está bonita la mañana.
El bulevar es hondo como un pecho.
La ciudad de ese entonces se me ensancha.
Pasan gentes distintas por la calle.
Cada uno va a lo suyo, que es la nada”.*

Mas no se crea que la ciudad no tiene alma, la posee, a pesar de las estatuas sobre las cuales “los pájaros se paran en la espada, en el alero mismo de la muerte”. En el contrapunto con las fábricas y los hospitales, en el diálogo claro de las ventanas y las puertas:

*“Si algún niño se asoma
al sol de las fachadas,
la sangre de las puertas
corre a puertas cerradas”.*

Ya el poeta, desterrado de la égloga, no desdeña sumar su voz actual a la sinfonía ciudadana, mientras dibuja en el *Soneto para esperarte en la cafetería*, con el pulso amoroso:

*“Azafatas de vuelo alicortado
van del café a las piñas tropicales
por aires ciudadanos y ruidosos.*

*Arriba el tiempo nuevo ha presentado
sus fluorescentes luces credenciales
y enrolla pergaminos luminosos”.*

El poeta peninsular, como Carlos Castro Saavedra, posee una *Zona verde*, desde la cual “oye su soledad mientras contempla, más honda, la postura de los árboles”. Discurre el manantial del tiempo con olas como horas, y confluye en el delta del domingo: “Un vaso de ginebra es navegable”. O es posible, después de haber cruzado por el *Patio interior*, en donde “han tendido al día redes, han aireado la tristeza”, abandonarse a todos los *Caminos de noche*:

*“Por calles grises cruza el alba,
recorre aceras lentas, plazas dulces,
y entra en la noche igual en una casa”.*

En la *Ciudad de entonces*, a pesar de la vecindad marinera de Alcántara, solo se escucha el agua fugazmente, contrita, desvelada:

*“Es tiempo de dormir. La vida vuelve
los ojos hacia dentro y filtra un agua
dolida, con conciencia de naufragio,
penando por la suerte de las barcas”.*

A manera de intermezzo formal, Manuel Alcántara, en este libro, dona la flor nueva de sonetos como *Radiografía*, *Night club*, *Tiempo de invierno*, *La almohada*, *El ring*, *Muchacha en la bolera*, *Función del día* y *Juegos de hombre*. Al último soneto pertenecen estos tercetos ejemplares, imprecatorios del enigma:

*“No te conozco, pero se tu juego.
Déjame a mi merced sonoro y ciego,
con mi amor y mis huesos, todo junto.*

*Soldado involuntario de una guerra
ya prevista. Aquí pan y después tierra.
Esto soy y seré. Ya no pregunto”.*

Conviene señalar, como la mayor victoria poética de Alcántara, sus extraordinarias *Noticias de última hora*, tan colmadas de hallazgos verbales y sorpresas imaginativas:

*“Fuentes bien informadas
nos comunican que en La Habana
llega la sangre al pecho de las cañas.
No hay motivos de alarma
—afirman posteriores telegramas—
es cubana la sangre de las cañas”.*

Quien ascienda a las torres y minaretes de *Ciudad de entonces*, en compañía de Manuel Alcántara, no podrá dejar de recordar:

*...“peldaño tras peldaño
que el almanaque es solo una escalera,
una edición de Dios de cada año”.*

* * *

Otra buena aproximación de lo que puede ser la poesía del futuro, la da Félix Casanova de Ayala, en su *Novia espacial*, publicada en el número 48 de *El molino de papel*, los admirables pliegos poéticos que dirige, en Cuenca (España), Eduardo de la Rica. La *Novia espacial* es, para Casanova de Ayala, “una estrella más, en la patria celeste”. El madrigal nuevo se acompasa a la música pitagórica de las esferas:

“Una nota le arrancas a cada planeta,
oh infinita melodía de ecos,
cómo destellan tus pupilas en el éter,
cómo tus labios me hablan desde el espacio
bajo la escafandra, colosal casco de Minerva.
Miras —abajo, arriba— estos cisnes sobre la nieve
(son nubes que sobrevuelan mis noches del Himalaya),
las tuberosas que ofrendan Capella, Rigel, Betelgeuse,
presévalas (suele perjudicarlas el Escorpio).

.....
Karda, Kunia o Klorisa,
¿cómo será tu nombre,
primera novia sideral y exacta
en la cita sin tiempo?”.